

UNO

1

.....

Miércoles, 27 de junio

No habría sabido que se trataba de un Audi A3 si no hubiera visto cómo lo compraban en el concesionario, aún no hacía un mes.

En el plazo de aquellas cuatro semanas, Ramón Parramón Delgado, conocido en la agencia como el Jeta, lo había transformado desde el techo hasta las ruedas. Por mencionar sólo algunos detalles: pintura nueva, en tonos granate y neón, asientos especiales marca Recaro, un equipo estéreo con seis altavoces que ocupaba todo el maletero y que tenía la potencia suficiente como para desintegrar el vehículo si a su propietario se le ocurría poner el volumen al máximo, *leds* de colores marcando el perfil de las puertas, llantas de 19 pulgadas más relucientes que el oro de Fort Knox y tapón del depósito de gasolina importado especialmente de Alemania y serigrafiado por encargo. A esta afición por transformar coches la llaman *tuning*, una actividad quizás algo extravagante, pero que no se considera ilegal ni patológica. El *tuning* era la pasión personal e intransferible de el Jeta. Una vez tuvo listo el coche, y según había podido comprobar durante el seguimiento, pasaba horas mirándolo y acariciando el capó con la punta de los dedos, poseído por el temblor interno de un viejo carcamal que explora la piel de una virgen.

Lo que a mí me interesaba del coche era una pegatina que advertía a posibles ladrones que aquel vehículo estaba equipado con

un sistema de alarma de última generación, tan eficaz que prácticamente entregaba al ladrón esposado a la policía.

Un peatón pasó por mi lado sin mostrar ningún interés en mí. Esperé a que se alejara y se perdiera tras la esquina.

Entretanto, consulté el reloj. Biosca acababa de llamarme diciendo que venía a buscarme para visitar a un cliente y que me recogería a las doce y veinte. Era obsesivamente puntual, de manera que sólo me quedaban cinco minutos.

—Vamos —dije para mí.

Introduje la punta de la navaja en la cerradura de la puerta del coche e hice un tímido intento de forzarla.

Automáticamente, saltó la alarma.

Como correspondía en aquel vehículo modificado, corregido y aumentado por su propietario, la alarma consistía en un ruido estruendoso que me hizo recordar las sirenas que anuncian la inmersión de los submarinos en las películas. Estrépito que conmocionó todo el barrio. Una bandada de pájaros huyó de las ramas de los árboles, las hojas cayeron como si de pronto hubiera llegado el otoño, se oyeron chillidos de agonía en las casas más cercanas.

Bueno, quizás exagero.

Crucé tranquilamente hacia la acera de enfrente, como si la cosa no fuera conmigo. Saqué de mi bolsillo una pequeña cámara de vídeo. Con mi actitud ociosa, el traje de lino beige, alto y delgado como soy, y con la mata de pelo blanco en la cabeza, supongo que podrían tomarme por un turista americano muy interesado por la arquitectura modernista del Ensanche barcelonés.

La alarma sonaba, la cinta de vídeo corría y sólo me quedaban cuatro minutos para rematar el caso del Jeta.

Un caso desgraciado.

El año anterior, Ramón Parramón Delgado había tenido un accidente de coche. Sufrió lesiones de gravedad relativa. La peor, una fractura de fémur. Aunque los médicos opinaban que, una vez soldada, no debería quedarle ninguna secuela, él se obstinaba en afirmar que no podía caminar bien. No sabía qué le ocurría pero, cada vez que pisaba, un dolor agudo e insoportable subía desde su tobillo a la femoral y le hacía ver las estrellas. El día del juicio contra la

aseguradora cojeaba, apoyado en sus muletas, y pidió permiso al juez para permanecer sentado durante su declaración, y hacía gestos de dolor y desánimo mientras su abogado aseguraba que la carrera de aquel joven futbolista, con un horizonte repleto de millones, había quedado truncada para siempre, y sus posibles salidas laborales fuera del mundo del deporte, muy limitadas. No importó el hecho de que su carrera deportiva consistiera, a sus veintisiete años, en calentar banquillo en un equipo de segunda división B. Cuando hubo terminado el juicio, había conseguido una indemnización de doscientos diez mil euros.

Doscientos diez mil euros es mucho dinero. Suficiente como para comprarse un A3. Suficiente dinero también como para que la compañía aseguradora renunciara a seguir empleando a sus propios detectives, que se habían revelado incompetentes, y recurriera a la agencia de Biosca.

El fracaso de los detectives de la aseguradora se debía a que el Jeta sabía perfectamente que intentarían pillarlo. Y a mí me había puesto las cosas difíciles por la misma razón.

Era listo, el tío, y paciente, y muy teatrero, y le gustaba hacerse el interesante con las muletas, y había descubierto que ligaba más con aquella pantomima del dolor agudo que empezaba por el tobillo y terminaba en la ingle.

Me había pasado un mes siguiéndole, viendo cómo avanzaba a saltitos por las calles. Cuando salía de casa a las once de la mañana a tomarse su cortadito, cuando iba a hacer sus gestiones a la Seguridad Social para cobrar la baja por enfermedad, cuando quedaba en el bar para tomar el vermú con los amigos, cuando trabajaba por las tardes, como representante comercial de artículos de escritorio, cuando supervisaba personalmente la transformación del Audi A3 en el garaje especializado en *tuning*. Y también por las noches, cuando se iba con su coche nuevo a ligar a las discos.

Y ahora la alarma de su A3 ensordecía a todo el barrio con un lamento de animal herido. Y yo sólo disponía de tres minutos.

Cuando Ramón Parramón Delgado, el Jeta, pensó que alguien pretendía robarle la razón de su vida, los reflejos se le activaron automáticamente, y, tal y como yo esperaba, olvidó toda precaución. La

cámara de vídeo le inmortalizó mientras salía catapultado de un bar cercano y le siguió en su carrera enloquecida, con un dominio espléndido de sus funciones motoras y una armonía de deportista de elite.

Veinte segundos impagables de grabación de vídeo, una carrera al *sprint* con récord incluido, que terminaron cuando al llegar a su coche y verlo intacto, se prendió una lucecita sobre su cabeza, recuperó la paranoia, miró a su alrededor y me descubrió al otro lado de la calle.

Le saludé agitando la cámara de vídeo al aire. Mi gesto significaba: «¡Enhorabuena! Veo que estás mucho mejor de la pierna. Ha desaparecido aquel maldito dolor que subía desde el tobillo hasta la ingle.»

Y él lo entendió enseguida.

—¡Hijo de puta! —chilló. Me pareció poco original.

Abrió y cerró el maletero del coche y en sus manos apareció una herramienta de las que se usan para cambiar las ruedas y que se podría definir perfectamente como «barra de hierro». Aquello ya era más original. Dio dos zancadas y se lanzó a cruzar la calle, con ánimo de abrirme la cabeza.

Estaba dando la segunda zancada por la calzada cuando un frenazo escalofriante se impuso a la sirena antiatómica y un coche se le echó encima. Ramón Parramón se quedó patitieso, rígido, con mueca de pánico antes del golpe definitivo, pálido como un ensayo de muerte, y se le cayó el hierro de las manos. El morro de un gran Jaguar berlina de 1960, de formas ampulosas, nada aerodinámico, coche de aristócratas, negro con cristales ahumados, se detuvo a tres milímetros de la pierna milagrosamente curada desde hacía un minuto. Iiiiiiiiiiii, gimieron los frenos y la garganta de el Jeta al unísono.

Se abrió la puerta y allí estaba Biosca, un hombre de unos sesenta años, con cabeza en forma de bombilla, traje inglés y pañuelo al cuello. No dijo nada, se limitó a sonreír, y yo salté al interior del vehículo, conducido por el enorme e inexpresivo Tonet.

—Hola, Tonet.

Me respondió con un ruido de los suyos, que habría hecho las delicias de un antropólogo, y puso la primera como si tuviera la in-

tención de rematar al Jeta, que apenas empezaba a reaccionar diciendo algo parecido a «Peroque mierdacabronnomiras».

Vi cómo el presunto lisiado ejecutaba un salto de bailarina del Bolshoi para evitar la embestida, y cómo su figura se iba empequeñeciendo, enmarcada por el parabrisas trasero, cada vez más lejos, hasta que doblamos una esquina y desapareció de mi vida.

2

.....

—Parece bastante recuperado, el chico —observó Biosca con alegría sincera—. ¿Le ha pillado? —Le respondí mostrándole la cámara de vídeo—. ¡Fantástico, Esquiús! Una gran noticia. A partir de ahora, la compañía de seguros Arcadia nos encargará todos sus casos. ¿Y sabe qué significa esto? Millones, Esquiús, millones de euros. Perdone mi euforia, pero ya sabe que pertenezco a esa clase de personas odiosas y materialistas que valora el éxito por la cantidad de dinero facturado. No sé a usted, Esquiús, pero a mí el dinero me da felicidad. La gente que opina lo contrario, es porque todavía no ha encontrado la tienda donde la venden. Que me lo pregunten a mí, que les daré la dirección. Esta operación significa la felicidad para todos los empleados de la agencia. Sobre todo para usted.

—¿Sobre todo para mí?

Biosca se rió.

El Jaguar corría hacia la Ronda de Dalt, apurando los semáforos en ámbar y avanzando en zigzag, entre el océano de Fords, Seats, Citroëns, Audis, Opels, Renaults, Volvos, Saabs, Volkswagens, etc. que era la ciudad.

—De todo el personal de la agencia, usted es quien necesita una dosis más grande de felicidad, Esquiús.

Jo, ya veía por dónde iba.

Días antes, en la agencia, me habían sorprendido hablando con mi hija Mónica. Yo no quería que me oyeran, pero me distraje. Los teléfonos móviles han acabado con la intimidad.

Por la época de las Navidades, como padre sobreprotector que soy, cometí el error de meterme en la vida de Mónica. Tenía un no-

vio que no me gustaba y lo investigué. Todo aquello desembocó en un desastre, y lo peor fue que Mónica, con el tiempo, acabó descubriendo que yo era el responsable directo y me retiró la palabra. Y no puedo soportarlo. Después de la muerte de mi mujer, quedé muy sensibilizado a las cosas de familia, y no puedo quedarme con los brazos cruzados cuando mi hija decide borrarne de su agenda. Así que la llamo a menudo para decirle que tenemos que hablar, que quiero excusarme personalmente, que me gustaría reparar el daño que le hice, que aquel chico no era para ella, etc. Sé que se me pone voz de anciano cuando intento establecer estas conversaciones, pero no puedo evitarlo.

—¡Por favor! —decía ayer—. ¡No cuelgues, por favor! ¡Espera! ¡Tenemos que hablar! ¡No cuelgues!

Mónica colgó.

Había estado hablando de cara a la pared, en la mesa de la esquina de la sala más grande, donde estaban los escritorios y los ordenadores. Cuando me di la vuelta encontré a todo el personal de la agencia, Biosca, Tonet, Octavio, Beth, Ferran y Amelia contemplándome con una conmiseración infinita.

—Era mi hija —dije.

—Ah, sí, tu hija.

—Claro, claro, tu hija.

Por su actitud, era evidente que no me creían.

«Pobre Esquiús», pensaban. «Desde que murió su mujer, no da pie con bola en el terreno sentimental. No se le conoce ninguna relación sentimental estable. Vive solo, encerrado en las cuatro paredes de aquella casa que compartió con Marta y donde vio crecer a sus hijos. Es fácil imaginar la melancolía y la depresión que le abruman cada noche. Cuando engulle a la fuerza comidas precocinadas delante del televisor. Cuando se siente perdido en la inmensidad de la cama de matrimonio. Cuando le asalta la tentación de lanzarse por un puente o dejar abierto el paso del gas. Ya sólo nos faltaba verle suplicando la compañía de una mujer que le rechaza.»

—Era mi hija —insistí—. De verdad, era Mónica.

Movían las cabezas, apesadumbrados. Me pareció que a Amelia, la recepcionista, le brillaban los ojos.

Después de aquello, Amelia intentó organizarme una cena con «una amiga suya muy guapa y simpática», Octavio quería llevarme «de marcha» quién sabe a dónde (tratándose de Octavio prefería no saberlo) y Beth, de pronto, siempre tenía «una entrada que le sobraba y que no sabía qué hacer con ella» para invitarme al cine, al teatro, incluso al acuario o al zoo. El hecho de que rechazara las pretensiones de unos y otros, aún les espoleaba más.

Y ahora Biosca me salía con que, de todo el personal de la agencia, yo era el más necesitado de felicidad. Cuando Biosca hace una afirmación así, es como para echarse a temblar.

—De momento, como premio extra por la solución del caso —dijo—, le ruego que me acepte esto.

Las tenía preparadas. Un par de llaves en un llavero del que colgaba una pequeña abarca menorquina de plata. Las cogí con una cierta aprensión.

—Son del chalé que tengo en la Costa Brava, cerca del cabo de Creus. Lo llamo el Rienvaplí de Cala Vera. No ha estado nunca, ¿verdad? Es fácil de encontrar. Le he dibujado un pequeño plano de la zona. Girona, Figueres, Roses: no hay pérdida.

Me dio un folio doblado en cuatro donde constaban las indicaciones.

—Y ¿qué hago yo allí?

—Le gustará. Se lo presto, pero con una condición. Que vaya con una mujer. Le garantizo que cuando llegue al Rienvaplí se transformará en su esclava más incondicional; podrá hacer con ella lo que quiera. Supongo que ya se lo imagina: grandes ventanales abiertos a una de las costas más bonitas del mundo, un solárium, etc. Pues no, amigo mío, no puede ni imaginárselo. Sólo le diré una cosa: manantial de agua particular a temperatura constante. Veintiséis grados. Agua caliente en invierno y fría en verano. ¿No le parece un privilegio? Una piscina al aire libre que se comunica a través de un túnel submarino transparente, con una piscina interior. ¿Y por donde diría que pasa el túnel? Por en medio del salón. Es de cristal, como una gran pecera, como aquellos túneles del acuario. Es una delicia estar allí, tomando una copa con los amigos, y ver pasar nadando a una chica en biquini. ¡O sin biquini! —Reía revoltoso, al mismo tiempo

que negaba con la cabeza como diciendo: «No me haga caso»—. No le hablo de equipos de multimedia ni de pantallas de plasma grandes como el Muro de las Lamentaciones porque eso se da por hecho, y no creo que quiera perder el tiempo viendo programas basura... Pero sí le hablaré de un restaurante que está muy cerca: El Ca la Vera, de Cala Vera, donde preparan unos mejillones a la plancha con laurel sensacionales. Puede disponer de la casa el próximo fin de semana. Aprovechela todo el tiempo que le deje libre el caso que vamos a atender ahora.

—Ah, sí. ¡El caso que vamos a atender ahora! —repliqué en un intento de reconducir la conversación.

—Le gustará. Es un caso que promete.

Tonet había puesto un CD y Nancy Sinatra nos estaba diciendo que llevaba unas botas que servían para caminar. *You keep saying you've got something for me, / something you call love, but confess...* Dejábamos atrás el Nudo de la Trinidad y salíamos en dirección a Sabadell y Terrassa

—¿De qué se trata? —insistí.

—Una desaparición que se parece muy mucho a un secuestro. Una monja. Tendremos que esperar a que pidan el rescate, supongo, y entonces tendremos que ir a entregar un montón de billetes a cambio de la religiosa. Tan sencillo como eso.

—¿Un secuestro? Y ¿qué dice la policía?

—¿Desde cuándo hemos tenido en cuenta lo que dijera la policía? Usted no se preocupe, Esquius. Y permítame que le siga hablando de mi casita en el cabo de Creus... Cuando su acompañante vea tanto lujo, se transmutará en una ninfómana y será suya, lo tengo comprobado. Será mejor que haga acopio de vitaminas. —Y añadió, mirándome de reojo, atento a mi reacción—: Por cierto, ¿ya tiene compañía, Esquius? ¿Ya sabe a qué mujer llevará?

—Ahora mismo no estoy saliendo con nadie —dije.

—¿No tiene a nadie en perspectiva? —Aquello confirmaba sus sospechas más deprimentes. Le oí gemir como si no pudiera soportar tanta angustia.

—La verdad es que no me apetece enrollarme con nadie —añadí, en un intento de salvar la dignidad.

Por los ojos de Biosca pasó una nube de compasión extrema.

—Escoja a cualquiera, Esquius, la que más le guste. Quizá de momento ella no le haga caso, porque de entrada todas se hacen las estrechas, pero cuando llegue allí se derretirá como la mantequilla en el horno. El lujo es afrodisíaco, lo tengo comprobado. Tengo un gimnasio con aparatos japoneses para practicar ejercicios sexuales. Muy prácticos, Esquius. No se puede imaginar cómo aumentan la resistencia esos aparatos. Al contrario que los normales, de éstos no saldría nunca. Hará más abdominales que en toda su vida. Y después la zona de relax. Ya sabe cómo me gusta a mí el agua. Yo quisiera llenar mis piscinas y bañeras de líquido amniótico. Jacuzzis por todas partes y la burbuja, Esquius, la burbuja. Agua salada, a la misma densidad que la del mar Muerto, donde el cuerpo humano flota como en el útero materno... —Tarareó *Diamonds are forever*, que en aquellos momentos cantaba Shirley Bassey—. La felicidad, Esquius, la felicidad. Se lo garantizo.

—Bien —dije simplemente, viendo que estaba tomando carrerilla, y consciente de que cualquier intento de resistencia por mi parte le aceleraría aún más.

Dediqué el resto del trayecto a pensar a quién podría llevar a aquel lugar parecido a un parque temático. No se me ocurría ninguna mujer a la que pudiera llamar para invitarla directamente a pasar un fin de semana bajo el mismo techo. Tal vez sí; era posible que, resabiado después de algunas experiencias fallidas, hubiera olvidado cultivar esa faceta de mi vida. Quizás era cierto que estaba demasiado solo.

Salimos de la autopista y cruzamos Terrassa dirección a Matadepera, pero enseguida tomamos una carretera secundaria a la derecha que, según las indicaciones, llevaba a un polígono industrial y al pueblo de Picaterol de Bages, y fuimos bordeando por un torrente seco y sucio, en un terreno cada vez más abrupto.

Pensé: «¿De qué me suena a mí Picaterol de Bages?»

Una vez pasado un polígono industrial nada próspero, el asfalto se agrietó, se llenó de baches y, por fin, desapareció. Y en aquel mismo momento, justo cuando Tina Turner arrancaba con *River Deep, Mountain High*, nos vimos delante del rótulo y del pueblo de

Picaterol de Bages. Una docena de calles sin ningún encanto especial, expuestas al sol y al polvo, algunos bloques de pisos desproporcionados y, a la entrada, un hotel de cuatro plantas, con un gran rótulo en neones rojos y azules que anunciaban el nombre: «Campanudo».

Tonet nos llevó hasta la entrada. Biosca le dijo: «Ya puedes ir a aparcar, Tonet, no te preocupes por mí. Si alguien me ataca, Esquius sabrá defenderme», y bajamos. Él, elegante como un modelo de alta costura, con una cartera de cuero negra en las manos, imponía autoridad a su paso. Y yo... bueno, yo iba detrás.

Un portero uniformado vigilaba la puerta. Se le notaba que era guardia de seguridad porque llevaba algo parecido a un uniforme y placa, pero vestido con cuatro trapos y con unos toques de maquillaje verde en la cara, también podría haber hecho de mutante asesino en una película de ciencia ficción.

—Venimos a ver al señor Gracián —dijo Biosca.

—Ah, bien —dijo el mutante—. Comuníquesele a Juan el camarero.

Nos abrió la puerta.

De momento, nos encontramos en una recepción de hotel como cualquier otra. Una chica muy seria detrás del mostrador, un tresillo, unas plantas de interior probablemente de plástico, un ascensor, seis cuadros de paisajes y una naturaleza muerta. A la derecha, una cortina de terciopelo roja. Fue hacia allí hacia donde nos dirigimos.

Cuando cruzamos aquella cortina, me acordé de qué me sonaba Picaterol. No hacía mucho, había salido en los periódicos. Un hotel donde Cristo perdió el gorro, que cinco años atrás había sido remodelado por un empresario emprendedor. Las protestas de vecinos encabezados por el párroco fueron rápidamente silenciadas ante la evidencia de que el hotel se había convertido en la mejor fuente de recursos y de impuestos municipales. Las peluquerías del pueblo, la farmacia, los bares, las tiendas de *souvenirs* y otros comercios empezaron a gozar de auténtica prosperidad. Si cerraban el establecimiento, provocarían la ruina a más del cincuenta por ciento de las familias de Picaterol.

Lo que había sido diseñado como un enorme comedor y diferentes salas para bodas y comuniones, era ahora algo parecido a un bar con columnas, sin mesas que entorpecieran el paso, sólo taburetes altos. La barra estaba en el centro, era grande, tenía forma de herradura y abarcaba todo el local. Allí se alineaban, aburridas, indiferentes a todo, una treintena de chicas, cada una de ellas inmersa en sus propios pensamientos, apenas unas pocas hablaban entre sí. Las paredes estaban forradas de madera clara, quizá sicómoro, y la decoración era discreta, sobria, nada parecida a las exhibiciones de mal gusto que caracterizan la mayoría de estos locales, donde la sordidez parece ser un elemento obligatorio. Las chicas iban con poca ropa y la mayoría parecían recién levantadas de la cama y todavía en ayunas. Me fijé en una rubia de rasgos eslavos, con *shorts* y un *top* casi simbólico. Una morena pequeña y muy bien proporcionada me guiñó el ojo. Algunas de las chicas daban conversación a los pocos clientes que había en aquellas horas. La mayoría se miraban las uñas.

Y reinaba una penumbra rosa y azul, se oía una discreta música ambiental y por todas partes había televisores que reproducían la misma película porno. A la derecha, una escalinata por donde habitualmente debían subir y bajar las parejitas.

—¿Qué, Esquius? Salivando como el perro del Pavlov, ¿eh? —chilló Biosca, con una sonrisa—. Ya ve, problema resuelto: si no tiene compañera a la vista, aquí podrá escoger la que quiera, la que más le guste. ¡Las hay de todas las marcas, modelos y colores! —Se volvió hacia el único camarero que atendía la barra y le habló como si lo conociera de toda la vida—: Eh, Juan. Vengo a ver al señor Gracián.

—Ah, sí —dijo el otro. Estaban avisados—. Cuarto piso, habitación 435, al final del pasillo. Tendrán que subir por las escaleras. El ascensor no funciona.

Nos abrimos paso entre chicas y clientes y subimos la escalera con la decisión y la desenvoltura de quien se halla en un ambiente por motivos mucho más importantes que todos los demás.